

Una ciudad llamada Valparaíso

SARA VIAL*

Valparaíso es una ciudad de juguete, un rompecabezas de colores para que jueguen los niños, una rueda gigante que nos alza y nos baja en un vaivén que tan pronto nos hace tocar el cielo, como nos hunde en túneles que corren con un aire de piratas debajo de la tierra.

Ciudad de ventolera, parece armada cada día por las manos del viento. A trazos bruscos y dispares, como un golpe de mar que sube hasta la altura, transformando las casas en barcos y los barcos en casitas menudas atadas a la orilla.

Valparaíso es una policromía sin descanso, una arquitectura mágica. Un arco iris popular y roto diseminado en los barrancos, las quebradas en fuga, las locas escaleras que escapan no sé a dónde.

Es un olor urgente a cochayuyo, un alcatraz que grita anunciando el invierno, el castillo de lata volando en el vacío, el pescador del Molo con su cajón de motes, el gruero que sube a dormir a su cerro, la vieja cañería sonando a medianoche.

Es el niño que encumbra volantines junto a los precipicios, el aullido de un barco que se hunde en la noche y la boyá del toro sonando entre la niebla. El caserío alado moviendo las banderas de su ropa tendida, la callejuela oscura, el organillo lleno de luz contra la lluvia, las veredas que oscilan como los marineros.

*Sara Vial es uno de los más altos valores poéticos de Chile. Son numerosos sus libros de poesía, y aun cuando escribe en prosa, su lenguaje alcanza vibraciones de gran belleza. Su último libro es la segunda edición de *Neruda en Valparaíso*. Ha obtenido numerosos premios por su obra. Como periodista ha colaborado en diversos diarios.



Desgreñado y tenaz, colgando de una mano, afirmando una pierna en el Barón y la otra en Playa Ancha; testarudo, viril, él es un "vaporino", es un viejo corsario lleno de cicatrices, un ascensor que sube rechinando a las nubes, el mesón de la noche mecida de acordeones, el cementerio astral que se trepa a los cerros.

Y es el dique volcado que volvió a su lugar, el enano del puerto con gorra marinera y el Platero esquelético bajando hacia el Mercado. Y es la draga y el faro, anfiteatro celeste, es un rojo helicóptero este Valparaíso, un trompo endemoniado con su púa en el mar.

Valparaíso. Nadie te quitará tu aire de otra parte, tus paseos ingleses, tus ventanas de guillotina, tus esquinas abruptas, o esa escalera rota que nos duele en el alma. Nadie te moverá de tu pasillo de barco zigzagueante de las calles del plan; de tus alturas tercas y tu taberna verde. Seguirás siendo un ventarrón a pesar del progreso (?), un mascarón de proa salpicado de yodo, la postal coloreada cerca del corazón.

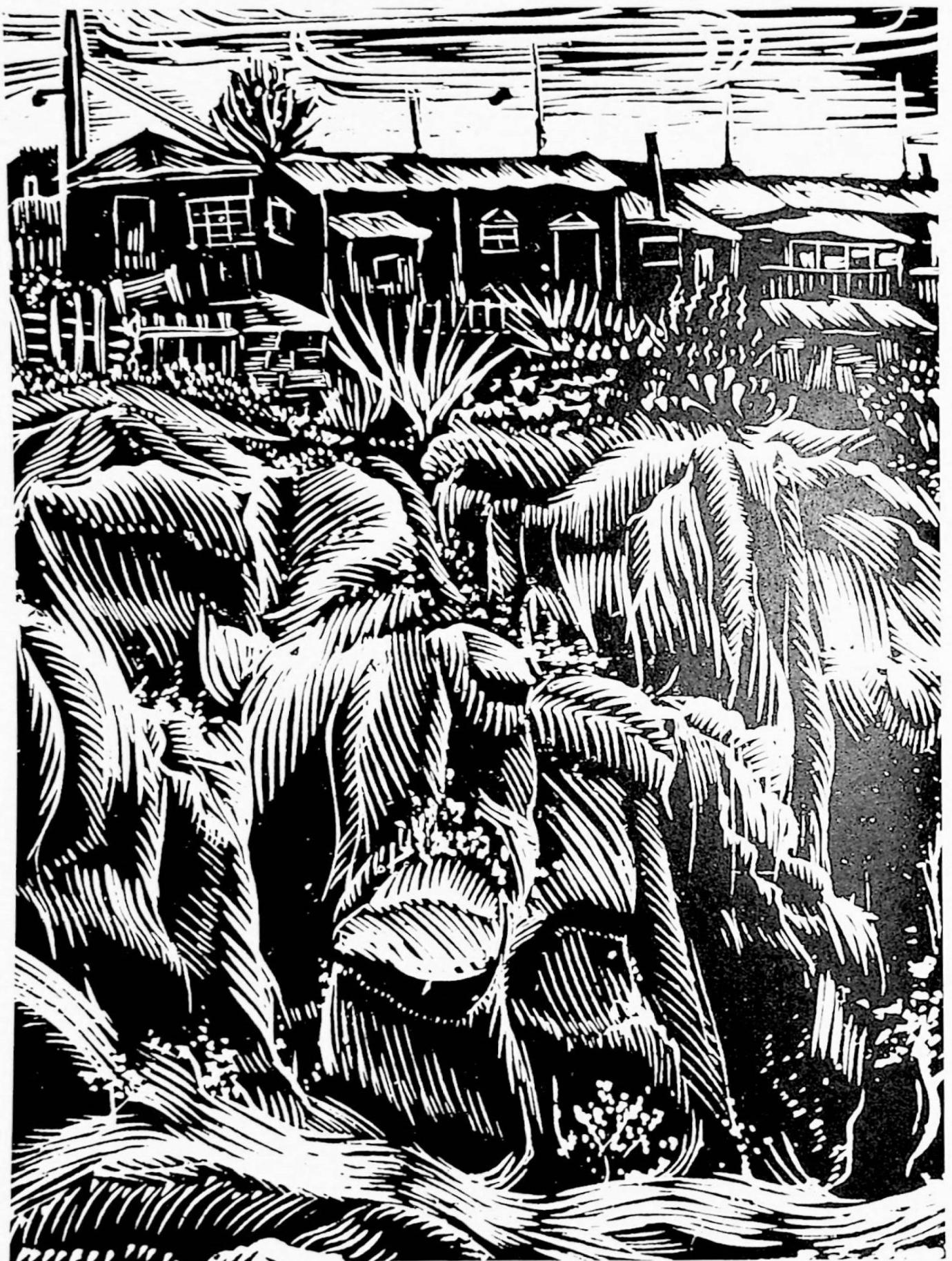
¿Hay quién puede dudarlo? El porteño de veras está ARRIBA. Codeándose con las estrellas, afirmando su casa en los cachos de la luna. Ladeado como gorra de ultramar, con puertas en declive, la ciudad a sus plantas. Y orgulloso. Superior a los horizontales habitantes del plan. El nació vertical, mirando hacia el espacio sin fronteras, dibujando el paisaje con sus ojos.

Allá arriba se agrupan los que viajan y vuelven, los guardacostas del cerro Toro, los estibadores de Mesilla y Molina. Desde la calle Clave se trepan a Las Jarcias (que es un cerro) y les parece un barco nuevamente. Y Playa Ancha, más lejos, con su barrio naval y sus pulcras bandadas de cadetes aprendiendo la ruta de las navegaciones. Emigraron un día de la casona blanca que rindió su tributo al tiempo y se quedó, dada de baja, en el Paseo 21 de Mayo. Perdón, mis almirantes. Me gustaba mucho más la antigua Escuela, con su aire maternal, su alma de bergantín y sus maderas nobles y sus bronces, y aquellos corredores al fondo de los cuales era ¡tan vivo el mar!

No ha perdido su estampa de gaviota, frente al pequeño quiosco de madera, el suspendido mástil panorámico que sigue izando a los enamorados hasta su vieja cofa, enrejada de adioses.

Y parece soñar la vieja casa, en su betún de torta marinera, enclavada en su monte, con el cadete azul que la rescate, o suba a darle un beso en un día de sol.

Los poetas se prendan de este puerto, los pintores, fotógrafos, cineastas y músicos, marinos y viajeros. No importa lo que ocurra, la ciudad enamora, inspira, sugestiona. Los escritores se lanzan tras sus pasos (porque se escapa siempre) deseosos de atraparla y hasta inventan audífonos de



pájaros para captar sus voces más aladas. Otros han merodeado con linternas por tantas escaleras. Los más lunares se quedaron en los techos, esperando, por si dormida, la apresan.

Rubén Darío, con ser él, aparte de cazar algunos ángeles rubios del Cerro Alegre o escribir su cuento *El fardo*, no logró demasiado.

¿Existe el escritor de Valparaíso?, me preguntó Neruda alguna vez. ¿El que la ha descifrado totalmente, no sólo en sus tatuajes marineros, sino en su alma profunda? ¿Existe el gran escritor de esta ciudad?

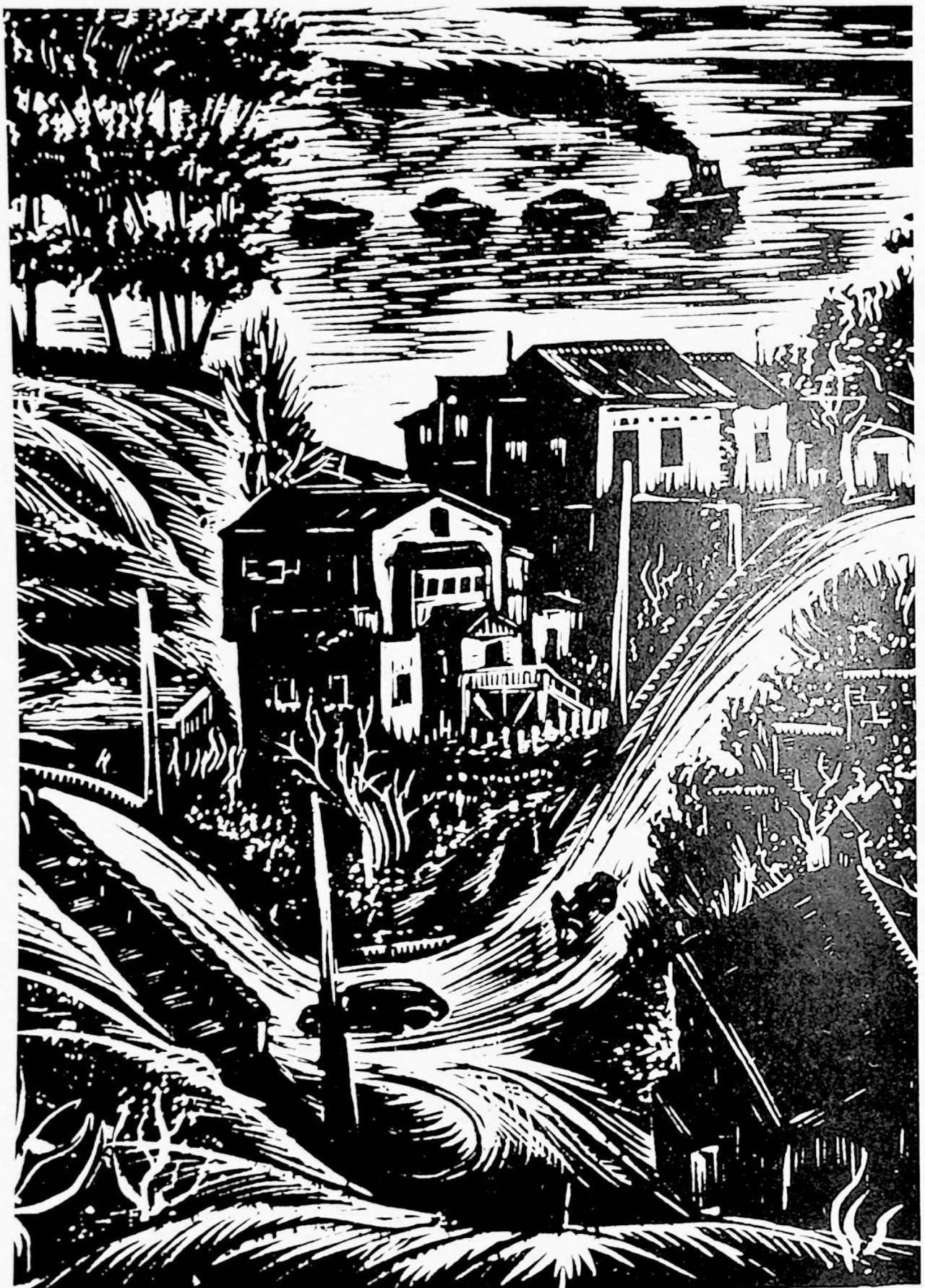
¡Ah, Ciudad de los Vientos! Allí está, por lo pronto, Joaquín Edwards Bello entre sus alas, porteño de la Calle del Teatro. Vigiló su secreto y nos dejó sus caballeros del siglo pasado, sus luminosas crónicas, parecidas a los cerros de Valparaíso, como ellas, imprevistas, llenas de desenfado y aire libre. Y decir Edwards Bello, es escuchar de nuevo el ruido de los tranvías eléctricos o leer el anuncio de la última zarzuela en el teatro Victoria.

“Te desean y aman mejor los de lejanas cunas”, dijo con mucha verdad; “un porteño de mi tiempo se asombraría de tanto amor y entusiasmo. Difícil que un nativo de Valparaíso pueda gustar la parte de Picasso y Dalí que hay en el paisaje, esto es, la belleza al revés: la torrentera, la quebrada, la Cajilla, la Calaguala, el cerro Polanco, el mirador de Portales. Espontáneos enamorados de Valparaíso, nacidos en Valparaíso, no conozco más que a Mori y a otro llamado Joaquín. No sé si Brandi Vera, mi buen amigo el poeta, sea nativo o no. Los que cantaron a Valparaíso, poetas, pintores o músicos, eran foráneos: Vicuña Mackenna, Somerscales, Pezoa, Neruda, Alberti, Damia, Montenegro, D’Halmar, Salvador Reyes”.

Y prosigue diciendo: “D’Halmar, en un momento lúcido, decidió haber nacido en Valparaíso. Nunca, ni en Constantinopla, ni en Calcuta, ni en París, estuvo mejor. ¡Valparaíso! ¿Qué limo generoso tienen tus tierras donde crece la palmera, donde se dan el clavel, la fucsia y la rosa? ¡Olmo de la plaza Victoria, que dio su sombra a Fouché, a Simón Rodríguez y a Garibaldi!”.

En una bella carta, me escribió un día: “Quisiera que me nombraran Cónsul de Chile en Valparaíso”. Es lindo mirarlo escrito con su letra, clara y con algo de niño.

Y Neruda, otro día: “¿Sabes una cosa? Si yo fuera creyente, diría que Valparaíso es la mejor obra de Dios”. Agregó, con esa sonrisa que sigue sonriendo: “La ciudad antípoda de Valparaíso es Viña del Mar. El reloj de flores de Viña, es el retrato de la mentalidad de Viña. Mientras que la naturaleza y el hombre hicieron de Valparaíso un verdadero reloj de sol y de niebla”.



Camilo Mori, viajando por Europa, cuando le preguntaban si era de Chile: "No, yo soy de Valparaíso".

Valparaíso es la ciudad de los naufragios, de los incendios y, desde luego, de los ascensores.

Pero entre los diurnos ascensores hay uno solo donde siempre es de noche. Mientras sus hermanos vuelan por los aires, él se interna en la entraña de la tierra. Nunca ha escuchado el pitazo de un barco, jamás vio volar una gaviota, y aun las estaciones han de serle indiferentes. En sus laderas no crecen flores porque no tiene laderas. Es un topo. Con nombre azul marino de almirante y unos húmedos pasos en la puerta de un túnel, él inicia su vida cada tarde. ¿Quieres irte con él? Primero llegarás a calle Simpson, calle Almirante Simpson. Es una callejuela que se parece a muchas, cerca de la avenida Argentina. Guiándote por tu sentido de las cosas secretas, te detendrás frente a una verdulería, al pie del cerro Polanco. Te hará entrar en confianza con sus limones soleados y sus manzanas relucientes. Tras ella habrá una puerta que puede ser la de un almacén, una casa de antigüedades o la de una vieja porteña que saca la suerte. En el cerro Cordillera era famosa la Coronela. Ves que la puerta oscila y sale un grupo de gente, varios niños disparados hacia el plan, un hombre con aspecto de pirquinero. Tras ellos, la clásica rueda giratoria de los ascensores de Valparaíso. ¡Qué maravilla!, ya estás adentro, pagando tus monedas y sintiendo una ráfaga de frío que proviene de la boca de un túnel que se abre a pocos pasos. Comienza tu aventura. Estás en pleno viaje por una larguísima caverna de doscientos metros de largo, estrecha y tétrica, débilmente alumbrada por sucias ampolletas. Si es la primera vez que vienes, la emoción es más grande. Un Valparaíso desconocido, casi remoto, te aprisiona un hálito de frío, un estremecimiento de verdad. Pero es Valparaíso, el verdadero, el que debiera ser mejor conocido por los chilenos, antes que por los turistas. Tus pasos resuenan en esa cueva de piratas, que no hubiera defraudado a Richard Howkins ni a Francis Drake. No se ve el final del túnel. Luego, de a poco, irá aproximándose una puerta de igual modo lúgubre. En algún tramo del camino te habrá asaltado una ligera asfixia. Por los muros chorrea un agua triste. Y los seres que pasan por tu lado, las voces que se acercan desde el otro extremo, te parecerán envueltas en una curiosa irrealdad. Pasarán mujeres del pueblo con bolsos del Mercado, hacia la salida. Se cruzarán contigo sin mirarte, y en la luz cadavérica verás sus rostros tenaces, leerás en un relámpago su dura vida diaria. Cruzan ese túnel todos los días, como sus hombres, que se marchan al trabajo, atravesando la entraña de la tierra con indiferencia, sin darse por enterados de que no existe el sol, el cielo, ese aire.



Sortean como náufragos que saldrán a la luz esa noche que los comunica con el plan. Pasarán hablando o riendo o callando sobre el ruido ronco de sus pisadas. Allí, en la sombra, te pondrás en contacto con el corazón popular, sufrido y rebelde del Valparaíso pobre.

Allí, al terminar el túnel, sentirás pudor de tu aire bien vestido y de tu ocasional turisteo local al cruzarte, por último, con algún niño hirsuto que atravesará corriendo el largo suelo mojado con sus pies desnudos. En todo caso, has llegado ya al ascensor. Es esta pequeña puerta enrejada y esta banca tosca de madera, que espera recibirte para llevarte cerro arriba por dentro del cerro, en medio de una atmósfera que Kafka habría jurado inventada por él. A medida que asciendes, un sonido casi fantasmal, un sonido ahogado y lejano, como de finísima sirena, el gemido del viejo ascensor desvencijado, te seguirá extrañamente. A menos que (como la tarde en que yo subí hace unos días, para rearmar Valparaíso en mi recuerdo) no esté llenando el pequeño ascensor la voz invasora de Leonardo Favio, sostenida en la radio a pilas del ascensorista. De todos modos, el misterio persistirá. La primera estación es a nivel de los pies de los transeúntes, a mitad del cerro. Bruscamente, una pequeña claraboya mostrará la luz del puerto, reemplazando a la desnuda muralla que habrá subido, ciega con nosotros, apegada a la ventanilla de reja.

Una sensación carcelaria, que se disipará por fin. Algunos de los ocupantes del sombrío ascensor, se bajarán. Otros siguen viaje arriba. El ascensor sube ahora por el interior de unas casas, envasado en su torre vertical. Luego, la torre emerge y hela ya, en las alturas del aire, subiendo hasta unos ciento noventa metros, según nos calcula el ascensorista. Remata en una especie de minarete de madera. Abajo, Valparaíso. El inaprensible, vertiginoso, desatado e intemporal Valparaíso. Casas de todos los colores, lilas, rosadas, amarillas, celestes, con techos "escorados" o ladeados en todas direcciones, con ventanas que se dan las espaldas o topándose de frente al volverse de golpe, con muros empujándose unos a otros en un desorden musical, dodecafónico. Las calles bajan, empequeñeciéndose hasta desaparecer entrelazadas. Una algarabía de ángulos, de movimientos, 'skorzos' de pintor embriagado de viento. A lo lejos la bahía, con su radiante azul. No ha concluido todo.

El minarete, al dar la vuelta como si fuéramos arriba de un helicóptero, nos comunica con un puente de cimbra, ahora encementado, que cruza sobre el vacío y tejados, quebradas y escaleras que nos miran pasar flotando. ¡Todos somos ángeles en el surreal Valparaíso! Así llegaremos al costado polvoroso de un cerro que se llama Polanco, en medio del ulular del viento



Valparaíso alternaba su actividad entre los despachos de mercaderías a Portobelo y los embarques de trigo al Perú.

Como consecuencia de esto, el puerto se fue convirtiendo en una gran bodega. Los hacendados de Santiago y los comerciantes del Callao edificaron bodegas en la playa y junto al camino de las carretas que abastecían los depósitos.

Grandes "cuadrilongos de adobe y teja" que dejaban entre sí estrechos callejones. "Lo suficientemente estrechos para que no se metiera el Diablo". Esta fisonomía, hoy modernizada, todavía es característica en algunos sectores.

Hacia el interior, el movimiento se hacia a lomo de burros y mulas.

*"Cuando faltaron los indios, se emplearon las mulas".
(Lukas). Renzo Pecchenino: Apuntes porteños.*

sur —el surazo porteño— y bandadas de perros, porque aquí los perros vuelan, como todo, y niños harapientos y gritones, de grandes ojos negros.

Escalones labrados en la tierra del cerro te invitan a bajar por escaleras improvisadas, hechas con el respaldo de viejos catres. Y el pitazo de una fábrica o de un barco lejano, completa en tus oídos la desigual canción de las alturas. Ya estás embarcado en la pobreza alada de los cerros de Valparaíso. Ya te alejaste de las calles del centro y las antiguas mansiones señoriales que en cerro Alegre o Playa Ancha conservan el recuerdo de mejores épocas. Ahora estás en el carrusel deshilachado de las callampas del cielo, rodeado de niños sucios, descalzos y risueños, que te rodean extasiados, mirando la cámara fotográfica de Oscar Rosales, tropezándose frente a él, para introducir en la colorida ráfaga que los detendrá para siempre, sus cabecitas desgreñadas, sus pupilas alegres.

De un salto has llegado al cerro Las Cañas, el de Joaquín Edwards Bello, y su pregunta. Queda en el Almendral, donde una vez hubo almendros.

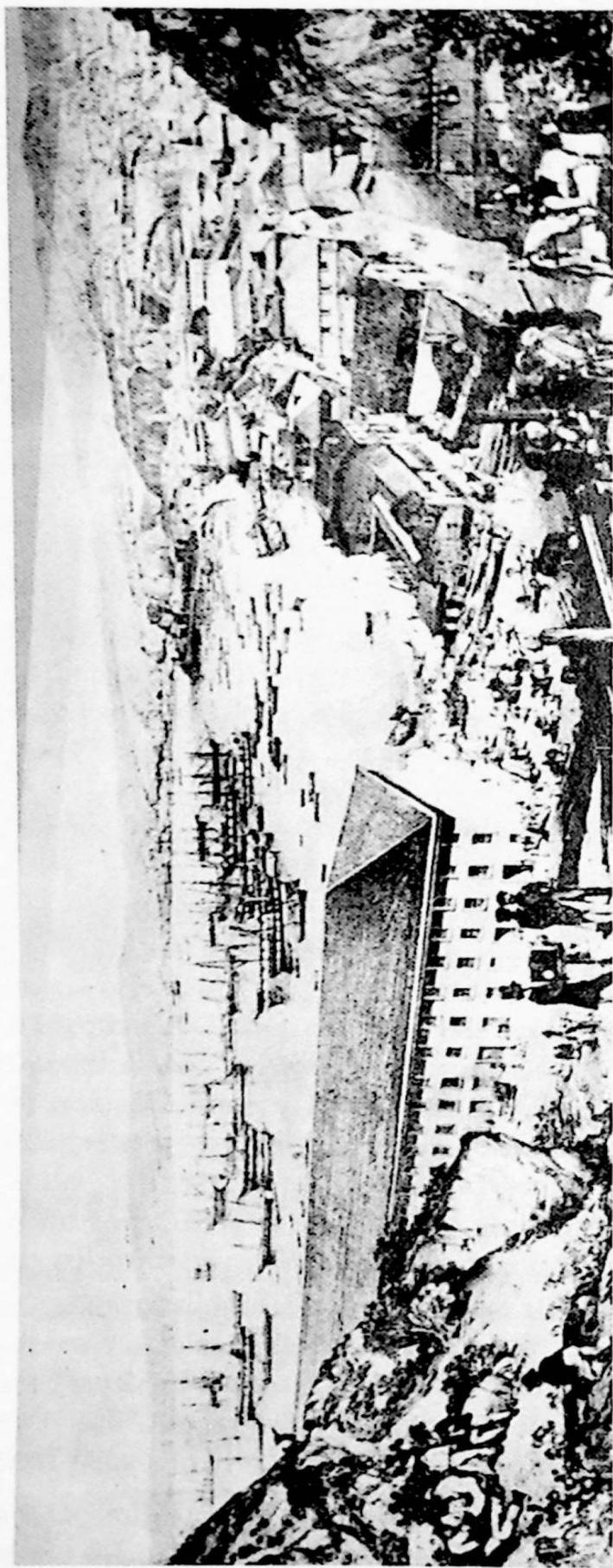
Tomas un bus Hontaneda y luego sigues por la calle Luis Cousiño. Subirás una pendiente suave. Te espera un ascensor pintado de turquesa que te alzará sobre la ciudad, hasta una cima altísima. Como todos los ascensores de Valparaíso, su entrada es un misterio. Pero son tan diáfanos, por derecho propio los viejos ascensores, que hasta pueden colocarse unos señalizadores prácticos y bien visibles para los que no conocen el terreno.

No perderán su magia.

Llegado a la cumbre del cerro Las Cañas, uno de los más silvestres, si cabe la palabra, con rancheríos bamboleantes que parecen reírse del vértigo, te aconsejo bajar por una escalinata que hay a la mano izquierda. Se llama Los Aromos, y le dicen "La escalera de la muerte". A poco de bajar, ya brotan los primeros ángeles, semidesnudos y vivaces, con la nariz llena de tierra, que habitan esas nubes. ¡Qué despiertos y confiados son los niños de los cerros! Aceptan que invadan sus míseros dominios y te regalan todo el cielo, sin regatear nada. En otros puntos de la ciudad los verás montados en burrillos, en estampa española bajando de la altura por unos momentos, o corriendo en los malecones, como pequeños vagabundos del mar.

Pero aquí está en su casa y te recibe tratándote de 'tú', para darte confianza. Sólo conocen su pobreza libre, pueden correr por todos los barrancos, escalas, laberintos, y son luminosos y salvajes bajo el sol que les regala la única vitamina que tendrán en abundancia. La tristeza del mundo no los toca todavía, y nos parecen dueños de un tesoro maravilloso.

Para un niño de cerro, vivir es jugar a escondidas en los precipicios y encumbrar volantines mientras la madre lava, sabiendo que sabrán cuidarse



Primera fotografía panorámica de Valparaíso, tomada en 1849. Es un daguerrotipo reproducido en Londres. El original se conservaba en la Biblioteca Severini.

como gatos monteses, de caer al vacío, mientras el padre se emborracha o trabaja en los muelles.

Y aunque no tienen plazas ni columpios, se entretienen jugando con guijarros y gatos, que nos miran sentados en los techos, entre restos de neumáticos y mesas sin patas. Bajamos y nos reciben nuevos ranchos con rojos cardenales en la ventana y jaulas con gorriones. Se sostienen de un pie, de un alambrito atado a una rosa.

Y el que viene de abajo se pregunta: ¿Cómo viven allí? ¿Cómo han sobrevivido al terremoto, a los incendios? ¿Por dónde sube el carro bomba cuando hay llamas? ¿Por dónde bajan al enfermo que precisa ambulancia?

Nos alejamos, seguidos por la risa de los niños que continuarán alzando el hilo de sus volantines en el cerro Las Cañas. La imagen final que nos despide es digna de filmarse; desde luego, lo fue, en la película *Valparaíso*, de Joris Ivens, el cineasta holandés. Es una reja hecha por manos anónimas, utilizando respaldos de viejos catres pretéritos, de bronce. Bellos catres de formas caprichosas. están allí, como un pasamanos surrealista. ¡Oh, la chatarra de catres marineros, sirviéndonos de apoyo mientras bajamos, que sólo habremos visto en el cerro Las Cañas, bajando por la "Escalera de la muerte"!

"¿Conoce alguien el cerro Las Cañas? ¿Quién ha subido por la Escalera de la muerte"? Yo, pues, don Joaquín, pero tal vez, sólo después de leerla en sus crónicas, y sólo por responderle alguna vez, cuando usted ya no pueda sonreír con mi respuesta.

"Adiós, adiós", nos gritan los niños de los cerros, corriendo hasta el plan tras nuestros pasos, acortando camino por vericuetos que ellos conocen y reapareciendo desde algún techo. "¿Cuándo van a volver? ¿Cuándo vamos a salir en el diario? ¡Apúrate, 'Farol'!".

Adiós, Uberlinda, Carmen Henríquez, Erika Norambuena, Luis Figueroa, Edison Flores, Enrique Salazar, pequeño José Menares y Guillermo Agustín Cerdá con ocho años atados a tu volantín. ¿Desde qué distancias los miraré de nuevo? ¡Adiós, hasta otro día, cuando el viento nos traiga nuevamente hasta la protección de vuestras alas, ángeles desharrapados, hasta la reja de catre en el vacío, velando el sueño de los perros vagabundos, como Cuatro Remos, a quien hallamos sin saber, multiplicado en ellos allá arriba y en los ojos fieles de Farol, apegado a las piernas de la chiquillería! Pues, cuando se habla de Valparaíso, ya lo sabemos, no se puede olvidar a Cuatro Remos, de quien, cuenta la historia, se vino de Santiago a vivir en el puerto, porque era inquieto y andariego y tenía alma de marinero. Es por eso que, aunque nacido presumiblemente en la capital, Cuatro Remos es tan porteño como su nombre.

Cuentan que por el año 1860 hizo su primera aparición en el barrio La Cañadilla. Algunos lo describen como un perro vivaz, de cola y orejas cortadas y pelaje amarillo. Su primer dueño habría sido un cura apodado "el cura de la Viñita". El perro cifró su fama en sus proezas, pues era dado a ellas como nadie. Esas viejitas que nunca faltan, aseguraban que era "pariente del diablo". Pero el comandante que lo tuvo a su servicio un tiempo, no opinaba lo mismo. Cuatro Remos era un ángel para atrapar bandidos y ladrones. Pero no soportaba tutelas, y su temperamento vagabundo no le permitía estarse quieto en ninguna parte y con ningún dueño. Daba todo de sí mientras estaba con ellos. Luego desaparecía sin dejar rastro.

Por ahí hallaba forma de ponerse al servicio de alguien por unos meses. Maravilloso perro Cuatro Remos, se diría que sólo en las leyendas existieron perros como tú. Y en Valparaíso, donde morirías, viejo y conforme con tu abnegada vida errante, ninguna piedra recuerda tu nombre. O ningún árbol. Qué hermoso sería, por ejemplo, para los niños de Valparaíso, leer una pequeña placa en el paseo de la Costanera, donde en sencillas palabras se dijera: "Aquí salvó Cuatro Remos la vida de un niño".

Es un mero ejemplo. ¿Pero, quién recuerda tu vida generosa de mascota de los bomberos, a los que ayudabas a apagar los incendios? ¿A quién le importa que al nadar movieras tus patas como remos y que así te bautizaran los jornaleros del muelle?

Valparaíso, eres como la noche de un ladrido lejano, donde se confunden todos los Cuatro Remos de nuestra niñez, cuando nos sales al encuentro con tus escaleras oscuras y tus cerros.

Rubén Darío no pudo olvidarlos en su *Autobiografía*: "Los cerros de Valparaíso tenían fama de peligrosos en horas nocturnas. La noche era oscura, y cuando estuvimos a la entrada de la estribación de la serranía, el comienzo era bastante difícil, lleno de barrancos y hondonadas. Llegaba a nuestro oídos, de cuando en cuando, algún tiro más o menos lejano.

Al entrar a cierto punto, un farolito surgió detrás de unas piedras. El doctor silbó de un modo especial, y el hombre que llevaba el farolillo se adelantó a nosotros".

Más tarde, Darío reconocería: "Esta aventura me ha impresionado de modo que no la he olvidado".

Y es interesante pensar que esto lo escribió el gran nicaragüense no cuando vivía en Valparaíso, sino después de alejarse en la resaca del tiempo, y luego de muchas rutas y peregrinaciones por países diversos.

Edwards Bello (imposible no insistir con él, tratándose de Valparaíso) escribió en 1925, en viejas crónicas editadas en los talleres del diario *La Nación* y tituladas *Valparaíso-Madrid*:

"En efecto, el cerro porteño produce una impresión aparte, una impresión especial que nada borra. Impresión truculenta y triste. Esos silbidos en la noche y el aullar de canes lejanos, me despertaban muchas veces en mi cama de niño, con el pecho opresionado por el sentimiento de las tragedias invisibles. Esos cerros están separados, partidos por profundos barrancos y quebraduras; de todas partes se ve el mar, como en un vértigo. Los colores, las piedras, la vegetación, la tierra, todo es violento, insinúa la idea del cataclismo volcánico. ¿Qué panorama del mundo es parecido a eso?

"Yo no he visto hasta ahora nada que me lo recuerde en los viajes ¿Niza, Cannes? Podría decirse que cualquier playa de la Riviera es todo lo contrario de Valparaíso. El Mediterráneo tiene playas amables, el mar como una seda y las lomas suaves como acuarelas de un pintor primitivo.

"Valparaíso tiene angulosidades y extravíos de dibujo cubista. San Vicente, roca perdida como colmillo del mar, tiene algo del color de esos cerros; Córcega, nido del águila imperial, tiene en sus crestas quebraduras y cortes de a pico; en el norte de España hay ensenadas abruptas muy parecidas, pero sin señales de vida humana.



Cerro y ascensor Monjas.



Hasta principios de siglo, en el invierno, con las lluvias y la alta marea, las calles del 'plan' se inundaban. Después de 1906 Valparaíso subió dos metros. Desde entonces fluye el agua. Esta foto es de la calle Condell, 1900.

"Valparaíso en semicírculo y serrucho, parece un viejo anfiteatro incendiado. Los ascensores suben casi verticalmente a las casitas de tabiques que se ven en las crestas. Arriba de cualquier cerro donde uno sube por placer, el viento es más recio, barre el suelo, silba como culebra y echa una granizada de arenilla imperceptible que se mete por los ojos y que en la noche encontramos en los zapatos. He leído algo de Marruecos, donde creo que hay un viento igual. En invierno, por las quebradas y barrancos de Valparaíso cae sobre la parte de la ciudad, donde está el lujo y el comercio, una verdadera catarata".

Y aquí viene, lectores de hoy, un párrafo que conserva a través de 44 años, una frescura única:

"Si llueve una semana seguido, cosa común, los cauces revientan, los esteros desbordan y toda la ciudad estalla, se rompe, se inunda, las casas se aniegan y, algunas calles, como las he visto de niño, se hacen navegables con el agua corriendo de vereda a vereda. Así se rompió el llamado Tranque de Mena, surtidero de agua que devastó la ciudad convirtiéndola por muchos días en fatídica Venecia. En la plaza Aníbal Pinto quedó durante mucho tiempo un peñasco de dos metros arrancado de los cerros por la fuerza del

agua. Los cauces se rompen casi todos los años; en el verano les sacan las arenas y los parchan. Es como los postes de teléfono, raigones podridos de nuestras ciudades, que se caen todos los años por la misma época, rompiendo veredas y monumentos".

¡Sus naufragios!

El primero ocurrió en los roqueríos donde hoy se levanta el Reloj Turri. Todo aquello era mar y el navío se llamó *Nuestra Señora de la Ermita*. La calle Prat, con la esbelta arboladura del Reloj, conserva su aire de barco.

En el Almendral varaban fragatas inglesas con sus cargamentos de seda para las porteñas a las cuales no se cerraba aún el Canal de Panamá. En 1730



El derrumbe del Tranque Mena el 11 de agosto de 1888 causó más de 80 muertos. Todavía se recuerda este trágico hecho. El 'Tranque' estaba en la actual Subida Pirámide.

naufragó *La Dolores*, fragata española, en otro brazo de mar que más tarde se llamaría plaza Orrego y después plaza Victoria, y que serviría un tiempo como plaza de toros y luego como cadalso y paradero de carretas. Frente a la Biblioteca Severín naufragó el vapor *Chile*, y bajo el muelle, vecino a plaza Sotomayor, duerme su sueño el casco de la *Esmeralda*, la primera que llevó ese nombre. *El fantasma del buque de carga* vaga por esas cuadernas invisibles, quiere asomarse desde los pontones sumergidos.

Cada piedra de Valparaíso oculta algún secreto de su historia. Caminamos pisando los hechos del pasado, sólo basta escuchar lo que las olas cantan.

Una cuadra más allá de este viaje sin rumbo, la calle Prat cambia de nombre y junto con empezar a llamarse Carlos Condell, nos lleva a la cueva del Chivato, en el primer descanso de la escalera que conduce al paseo Atkinson del cerro Alegre, a la izquierda del edificio de *El Mercurio*. Antes fue embarcadero y también supo de naufragios. Al subir la marea, quedaba cortado el paso hacia el Almendral. Los tiempos cambian. La cueva del Chivato fue tapiada, y su entrada la imaginamos bajo la enredadera que la cubre. Los autos y *trolleys* circulan sin recuerdos. El mar fue empujado hacia afuera, enrollado como una alfombra de felpa. Vibra ahora el sector comercial, y como recuerdo de esas épocas sólo quedan en algunas esquinas las pequeñas anclas de mareas indicando la ya invisible altura de las olas.

Pero viejos porteños aseguran que esa profunda cueva no se detiene allí; la cueva del Chivato que allí aparecía con sus cuernos llameantes, nido de contrabandistas y piratas, seguiría viajando por debajo de la ciudad, cruzando bajo las casas y pasando de un cerro a otro, hasta ir a desembocar al sur de Valparaíso, por los acantilados (de doscientos metros de altura) de Laguna Verde.

¿Dormiríamos, entonces, sobre túneles que corren como contrabandistas bajo nuestra almohada? Los menos románticos opinan que a algunos metros de la ruta subterránea, ella se corta bruscamente. Y los que se columpian entre unos y otros, dicen que a lo mejor, que quizás, que hace mal a las ciudades el realismo excesivo, que la fantasía, que un derrumbe, en fin, bloqueó el camino, pero que bien puede ser que éste siga avanzando...

Una vieja empleada de mi casa, parecida a la Perpetua de *La Ciudad del Viento*, me aseguraba, allá en la infancia, que "el tesoro de Drake estaba escondido en la cueva del Chivato, pero no cerca de la entrada sino de la salida".

Menos conocida y más inaccesible, guarda también su leyenda la cueva de la tortuga de piedra. Valparaíso está lleno de cavernas.

Si te atrae la búsqueda puedes ir a la playa de la Tortuga, camino a

Laguna Verde. Irás bordeando el acantilado, sintiendo el vértigo y la belleza del lugar, esas alturas cortadas por los cuchillos del vacío. Un hermoso camino para enamorados, lejos de la ciudad.

Es una pequeña playa, con una piedra grande, con forma de tortuga. Sobre su lomo hay grabada una leyenda en idioma extranjero. Señala el paso a la caverna, donde estaría enterrado el tesoro, según los duendes. Cuando sube la marea, queda oculta la entrada, hay que llegar cuando está baja.

Pues, ¿quién impide a los duendes de los puertos, por intermedio de las Perpetuas, igualmente diáfanas, correr por galerías infinitas y soplar al oído estos secretos?

Un porteño de un cerro me lo contó. Sus ojos brillaban con los misterios del mar y estaba trepado a una escala, con su gorra de pintor. Los pintores, por estar habituados a borrar lo que se escribe en las paredes, se enteran de muchas cosas.

“Es verdad, no es broma. La Tortuga de Piedra vigila la entrada, donde está la cueva del tesoro. Tiene una maldición secreta en el lomo. En otro idioma (...). Los planos del tesoro los tenía un marinero noruego o inglés y un zapatero de apellido Ossandón, del cerro Alegre, se los robó mientras dormía. El los había heredado de un marinero danés. El zapatero esperó la marea baja y entró a la cueva del pirata Drake. Hay muchas cuevas, ésta es la verdadera.

Se internó hacia adentro y encontró una moneda de oro. Pero vino como un terremoto y el derrumbe le aplastó una pierna. Logró salvar por milagro, arrastrándose hacia la salida. Pero se le gangrenó la pierna y el zapatero murió. Fue la maldición de la Tortuga”.

No garantizo la muerte. Pero si quieres ir a leer lo que está escrito en el lomo de la Tortuga de Piedra, ve por ese camino de la costa, al sur de Valparaíso, y desciende con cuidado a la pequeña playa.

Esperarás que baje la marea...

Valparaíso sigue girando como un carrusel y no puedes detenerte demasiado si quieres mirarlo un poco más. De esa forma, llegas al cerro Alegre, y si te atreves hacerlo a pie, subirás por calle Urriola, en la esquina de la Bolsa; y si prefieres el ascensor, allí está el de la ex quebrada Elías, que asciende al paseo Dimalow, el del Peral, el Turri.

El cerro más antiguo, con sus casas de aire británico, sus ventanas con *stores* ingleses y pisos entablados de pino oregón, sus casas enfundadas en sus planchas de zinc. Aunque haya sol, sentirás que la lluvia los hace cantar y que despierta en tu corazón, una niña de diez años, o un niño, que corre feliz deslizándose por una ‘chancha’ de madera (un carretón de cuatro ruedas), ese juego vertical de los niños del cerro. La siguen voces de otros niños por calle



Valparaíso en 1905. El puerto disponía de dos diques de madera que tenían por nombres Valparaíso y Santiago, respectivamente. En ellos se carenaban buques chilenos y extranjeros.

Urriola abajo o por la empinada calle de adoquines brillantes. Esa niña puede evocar góndolas blancas que bajaban por allí. ¡Oh, la palabra 'góndolas'! Póngasela al oído y verá cuántos ecos le sugiere.

La calle tenía un olor gris, de garaje viejo, y por ella bajaba el vendedor de *¡mote mey, pelao el mey y calentito!* Si se era niño, se asomaba uno a la ventana y en noches de niebla divisaba la lucecita que venía, y luego el canto popular, que nos entrustecía sin saber por qué. Seguías viendo al bajar hacia el plan la luz amarillenta, cómo el hombre del farolillo se iba convirtiendo en un eco, cada vez más distante.

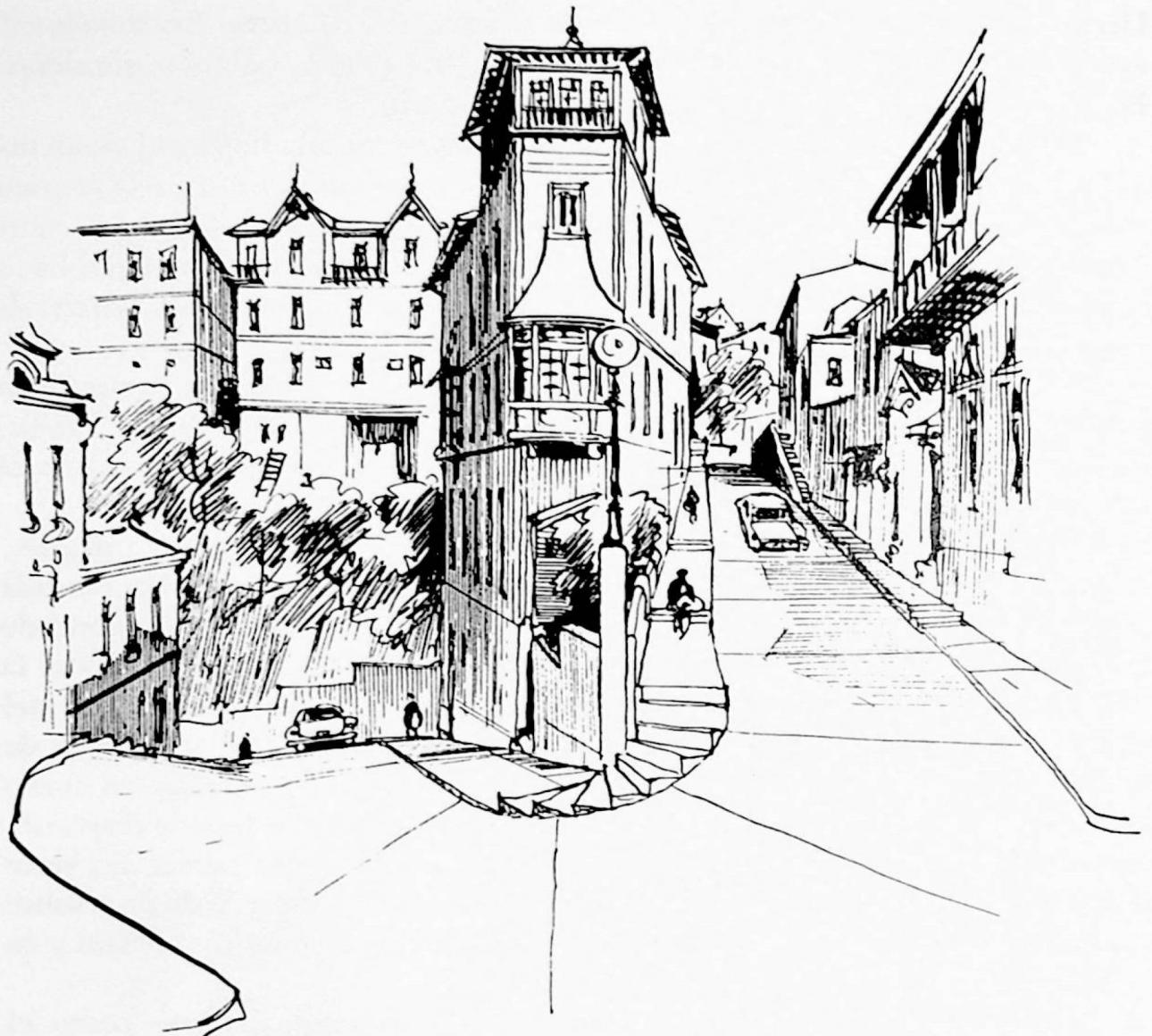
Otras veces era el organillero con su loro verde, sacándote la suerte en papelitos de colores, mientras en tu oído sonaban los acordes de *Titina*, *Ramona*, *La hija del carcelero* o algún vals increíble, del que no sabías el nombre.

Y prosigues subiendo por la calle empedrada con sus puertas antiguas, sus perillas y golpeadores recién frotados, hasta llegar a la escala perdida entre las hojas y a esa casa con vidrios rojos y azules que se había escondido tras la lluvia. Y la ves, está ahí, es la misma casona con su comedor sobre la bahía, la galería con plantas, y en la pared del escritorio, el retrato del abuelo con uniforme de marino. Pero el tiempo ha pasado, y si llegas de noche y ves tras los vidrios los cuartos encendidos y sentados en torno desconocidos rostros, en los muebles un tapiz diferente, a la cena dispuesta no estarás invitado. Si llegas de mañana, alguna colegiala pasará sin verte por tu lado y subirá a la alta buhardilla, con forma de mascarón de proa sobre el jardín y aunque esté empapelada de otro color, ésas serán tus trenzas y tu bolsón de libros.

¡Casas del cerro Alegre, inolvidables como viejas barcas, como el primer amor o el primer barco que viste entrar al horizonte, cuando apenas alcanzabas la ventana para espiar las gaviotas!

En calle Victorina puedes hallar, si quieres, esa casa que tenía el más bello ascensor para bajar a la cocina y que sonaba como una abeja cuando pasaba entre los pisos. Legendarias casonas asomadas a los paseos con sus caperuzas sobre las puertas, el paseo Pierre Loti, el paseo Atkinsons, o Gervasoni, lentes casas dulcemente encalladas en el tiempo. Evocadas por el infaltable Edwards Bello: "Arriba en el cerro Alegre, Pleasant Hill, hay gringos viejos que leen el *Times* y no saben quién gobierna en Chile. Hay casas de un estilo inglés tan antiguo que ha desaparecido hasta de Inglaterra".

Hoy están convertidas en clubes, restaurantes, casas de pensión, multiladas y tristes, suplantadas por feos edificios de departamentos que nada tienen que hacer allí, donde ya no hay desvanes para duendes.



Laderas y caminos angostos y resbaladizos (Lukas).

Para pasar la pena, vámonos al paseo de los Catorce Asientos. Todavía está ahí, no se sabe por qué no lo demuelen si está intacto, con sus catorce bancas. Y la iglesia Anglicana con sus dominicales viejecitas, qué alivio, nada cambia. El Colegio Alemán con su campana y la iglesia alemana con su techumbre roja, como salida de un cuento de Andersen. Y en la cima del cerro una iglesia chilena, llamada Luis Gonzaga, como el poema de Alberti que memorizabas en el colegio:

"Marinerito delgado
Luis Gonzaga de la Mar
qué fresco era tu pescado
acabado de pescar".

¡Paseos de Valparaíso! ¿Por qué no estará leyendo don Joaquín? Estaría en esta hora conmigo, en esta banca número catorce, suavizada por el tiempo.

La escritora española Concha Espina tuvo una cigarrería en este puerto, en la calle Victoria. Pierre Loti llegó como guardiamarina en una fragata francesa, buscando una 'desencantada' que no encontró. Y Darío, como ya lo sabemos todos, describió a los niños de este cerro, se paseó por estos rincones, respirando este viento naval.

Valparaíso. Aquí pifiaron los porteños a Sarah Bernhardt, cuando actuó en el teatro de la Victoria con su melena leonina. En Lima, los jóvenes peruanos se tendieron en el suelo, para que pasara caminando sobre ellos como alfombra.

Oigamos de nuevo a don Joaquín: "Valparaíso es como evocar a Verne y *le tour du monde*. Valparaíso tiene más raíces en el aire que en la tierra. Es una ciudad romántica. Valparaíso. ¡Qué bien suena! Todavía no le cambian el nombre como a las calles Tubildad, Tivolá, calle del Cabo. La Palma. ¡Loado sea Dios!".

Nunca cansa leer al porteño porteñísimo: "Panorama extravagante de pilones de lata, de jardines suspendidos. Tu panorama inverosímil alienta las ilusiones. Panorama de hechicería y de cuento de niños dibujado por Walt Disney, poeta del dibujo.

"Cada cerro es un Belvedere, un Pincio, un Saint Germaine, un Tibidabo, un Santa Lucía. A Blasco Ibáñez le recordaste Constantinopla con tus 43 cerros en el ventoso abanico. Darío recordaba tus cerros trágicos, con ladridos y un lento silbido por las noches. El silbido del 'paco'.

"Valparaíso con tus bodegas, tus cúpulas plateadas, tus barracas, tus tiendas de *sportmen*, tus gatos, tus escalinatas inverosímiles, tus cuevas de contrabandistas, tus silbatos nocturnos y tus empleados de aduana, inglesados, con telas importadas. Con tus viejecitas presbiterianas y metodistas pálidas y flacas. Con tus tiendas del siglo pasado y con tus tiendas de antigüedades o *Curiosity Shops*. Cornalinas, cristales de roca, cronómetros, bacínicas, cruces de Malta, condecoraciones navales, filigranas, platerías, hachas de abordaje, huacos, chinerías mariposas, cuadrantes, azabaches, anteojos Zeiss, conchas, estrellitas de mar y *alpen stocks*. Emporio y resumen de todos los mares. Compendio de todos los puertos. Afilado como Hong Kong, sombrío como Londres, acuoso como Brujas, dulce como San Juan de Luz, gritón como Málaga, miniatura de San Francisco y Génova".



Escaleras que no llevan a ninguna parte (Lukas).

El tenía una frase, que no recuerdo textualmente: "Valparaíso es una cosa mental"; qué cierta es. Todos tenemos nuestro Valparaíso, para todos cambia, para todos continúa igual. Como un espejo. Seguimos viéndolo a través de nuestro propio recuerdo, nuestra imaginación. Y le prestamos nuestras escaleras y fantasmas, y nuestra propia niebla y nuestro azul. Seguimos viéndolo a través de otra ventana, donde sigue siendo múltiple e inalcanzable. Aquí se formó la primera brigada de bomberos y voló el primer ascensor inventado por un periodista, Liborio Brieba. Era profesor y escribía novelones de crímenes. Uno se llamó *Los anteojos de Satanás*.

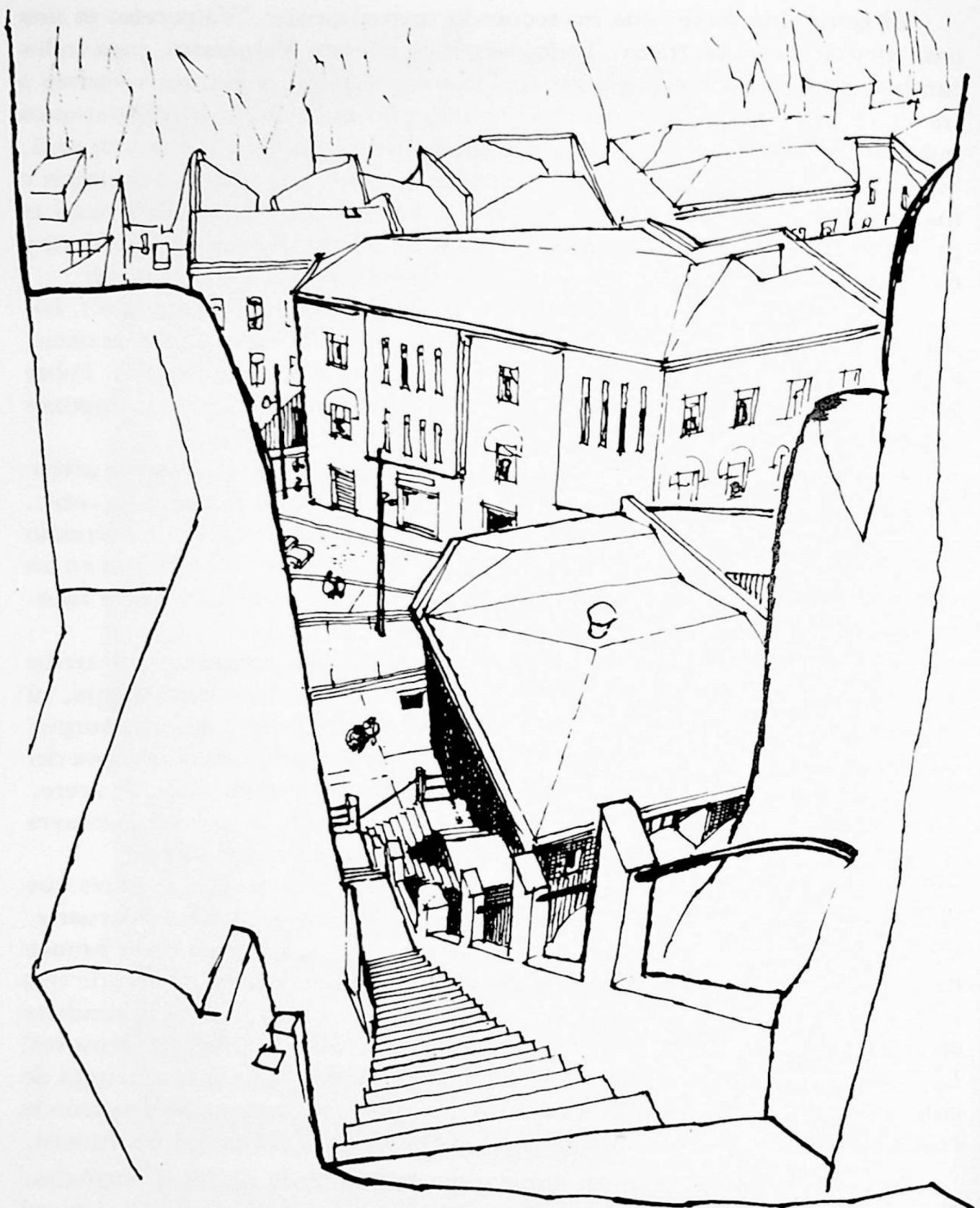
(¡Por ese camino, mejor era que se dedicara a inventar ascensores!). Los porteños lo miraron como algo infernal. Pero cuando llegó a Chile, es decir, a Valparaíso, el invento de la vacuna contra la viruela, ocurrió igual. Pobre Juan de Grajales. A viva fuerza y soportando improperios hubo de imponer la salvación.

El 1º de diciembre de 1883 partió desde calle Prat el camarote aéreo: atronaban los aires las bandurrias y el Intendente fue el primero en subir. Ello calmó un poco el temor de la gente y poco a poco fueron haciéndolo todos. Y empezaron a divertirse mucho, a subir y a bajar, como niños en un tobogán. Todavía siguen subiendo y bajando. Han pasado ochenta años. Valparaíso sigue siendo un maravilloso tobogán.

Mientras subes en el ascensor Turry, que prosigue zarpando cielo arriba desde la calle de los Bancos (Esmeralda) hacia la altura del cerro Alegre, tú no piensas que han pasado casi cien años. Miras el mar que empieza a surgir, tan nuevo siempre, sobre los tejados, y ves alzarse la arboladura europea del Reloj. El dique te saluda desde la Poza de Abrigo con su mole de acero. Escuchas el rumor de las grúas, la sinfonía del viento. Si es de noche, intuyes el relámpago del Faro, hacia Curaumilla, buscándote con su luz.

Estás cerca del mar, aunque subes a un cerro. Hay otros ascensores que viajan en silencio, más remotos, a cerros más lejanos de la labor portuaria. Uno, de aire naval, es el ascensor Artillería, con sus barandas de bronce frente a la Maestranza. Y el Villaseca, el más largo del puerto, mirando tras la Aduana, donde escribió Darío su 'Poema en Gris Mayor', que aprendiste en los años de colegio, y él supo rescatar de este 'cielo de zinc'. ¡Ascensores! La palabra se vuela de los labios. De lejos nos parecen incessantes orugas de colores, pequeños camarotes escapados de un barco, escalando y bajando la ciudad de los cerros, encendiéndo en la noche su débil lamparita de minero.

Ven al de Tomás Ramos, subiendo a la izquierda de los Tribunales. Trepa al cerro Cordillera y pasa por dentro de las casas; tú sientes al subir el aleteo de la ropa tendida, el corredor que pasa de una ventana a otra, y ves la intimidad de la familia, y a nadie le preocupa. Llora un chiquillo en el suelo.



"Calles traicioneras que nos hacen girar sin fin y nos devuelven agotados, al punto de partida"
(Lukas).

Pasa la madre con los platos. Entra la vecina del lado a pedir azúcar. Alguien canta en la pieza de adentro. El ascensor es parte de la casa, un día de éstos lo invitan a almorzar, con ascensorista y todo.

Y ahí está el de calle Serrano, junto a la escalera Cienfuegos, con sus peldaños en línea recta hacia la casa de Lord Cochrane. Nunca fue de él, pero, ¡qué importa! ¿Dónde ha existido una ciudad sin mitos? A la salida del ascensor, arriba, está la placita que fuera del Castillo. ¿Qué castillo? El cerro era un castillo. ¡No me diga! Pero sí. Fortaleza de veras, construida por los españoles de hace cuatrocientos años para defender al puerto de los piratas. Se demoraron tanto, que cuando estuvo lista ya no había piratas.

Valparaíso mismo es un ascensor. Un sube y baja interminable. No quedan muchos ascensores, algunos se incendiaron, como el Reina Victoria, que estaba en calle Condell, cerca del restaurante Neptuno, el de cerro Arrayán, el de las Cañas. Cada ascensor debía tener por lo menos un cerro. Así tendríamos cuarenta ascensores para mirar el puerto desde cuarenta ángulos distintos. Bueno es señalizar su ruta, dar atisbos, pero no demasiado. Parte del encanto es salir a la caza de ellos como de mariposas. Lo normal ha sido siempre confundirlos con una botica, un paradero de 'micros' o la puerta de una casa. A veces aparecen por el techo y uno entra por la ventana. Todo, menos quitarles poesía.

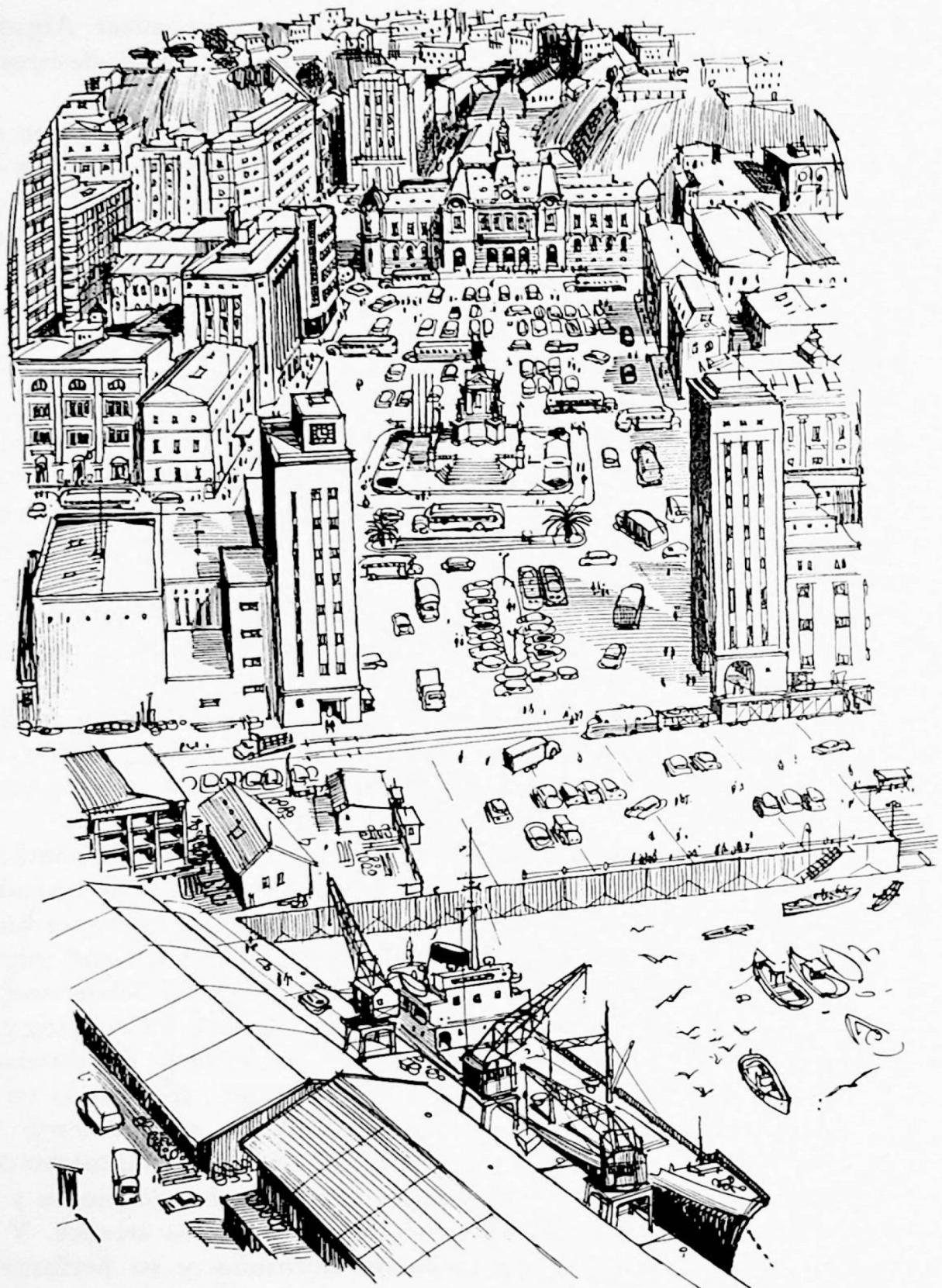
"Mientras existan ascensores, habrá poesía", ¿no es así, poeta Adolfo Bécquer? Lo maravilloso será siempre encontrarnos en forma imprevista con su rueda de fierro enmohecido, bajo la mano de la ascensorista de la infancia, envuelta en el sonido de los rieles y ese aire de andén.

¿Conoce usted el ascensor Lecheros? Está en el cerro del mismo nombre. A veces me llaman preguntando por el ascensor junto al cual vivió Neruda, en una casita misteriosa. Eso fue en la década del cuarenta, cuando escribía a Valparaíso sus poemas *El Fugitivo*. Ahora está cerca de otro ascensor que se llama Florida, como su cerro Florida, donde se compró '*La Sebastiana*'.

También subía en ascensor al cerro Cordillera, a la casa de Cochrane y al cerro Alegre por el llamado Turri. Y tal vez hay otros que se me olvidan.

En el cerro Bellavista hay una estatua de la Virgen, se ilumina en la noche, vecina al ascensor Aldunate, que otros llaman simplemente "el ascensor de la Virgen". ¿Y ascensor El Peral? Sube al paseo Yugoslavo con su nombre de fruta, te lleva hacia el paseo con barandas de piedra y te muestra los barcos que se iluminan entre las ramas de sus árboles. Y la escalera del pasaje Apolo con sus caserones dormidos y su perfume a madreselva.

En todo caso, cuando vengas a Valparaíso, no olvides subir a los cerros. En los cerros está todo. Lo que buscas y lo que nunca esperas hallar. Es la



Esta es la Plaza Sotomayor. Es el corazón de Valparaíso. (Dibujo de Lukas en su libro "Apuntes Porteños").

única forma de verlo, bajándose del auto, deteniéndose para apoyarse en una baranda. Si lo miras desde un barco, de noche, es lo que hizo decir a D'Halmar: "Valparaíso, colgado de faldeos como los altares de Nochebuena, iluminado por cien mil luces que bajan hasta el mar y allí se duplican en la superficie de las aguas, viene a ser, aunque se nos dispute la época de la fundación, la cuna nacional, mecida por las olas nada pacíficas y por los cuatro vientos, sacudida por terremotos, esclarecida por mil resplandores".

Agrega que "ha de llamársela la Ciudad de Fuego, antes que la del viento, no tanto por sus incendios frecuentes, como en Estambul, sino porque en ella arde un ascua que ojalá las rachas acrecienten y ningún chubasco logre cubrir".

Y, de nuevo D'Halmar, que supo recorrerlo con su capa española y su cabeza blanca:

"Y cuando los novelistas de otra parte quieren deshojar los pétalos imantados de la rosa náutica, dicen Yokohama, dicen Batavia, dicen Mauricio, dicen Ciudad del Cabo, dicen Honolulu, dicen Zanzíbar, dicen Valparaíso.

"Su nombre sugiere distancia, exotismo, aventura. Su solo nombre infiltra ya en las venas de los sedentarios o de los inquietos, el hechizo del viaje.

"El extranjero acaso no conozca otra cosa de Chile. *Le Chili*, como dicen los franceses, puede confundirse con Pe-Chi-Li, pero *Valprisó*, como también pronuncian los 'gabachos', es inconfundible para el más francés; es decir, el menos conocedor de geografía. Significa simplemente, uno de los siete puertos del orbe, en los siete mares; una de las puertas de las llaves del mundo".

Y prosigue el hermoso viejo D'Halmar, con su lejana voz de orador oceánico y viajero de estas calles de Valparaíso, Almirante perdido de su Buque Fantasma:

"Por eso, tal vez, el prestigio que de él emana refluye sobre él y tiene esta ciudad nuestra tanto abolengo cual ninguna chilena. Acaso, podrían creerlo en el extranjero la capital de Chile, si no ocurriese, insisto, que nadie sabe que Chile existe, mientras todos saben que existe Valparaíso. Yo lo siento mucho, patriotas y compatriotas, pero es así.

"Y lo digo como el andaluz de cierta excursión, que no decía que era andaluz por no darse importancia. Pero, ¿corresponde *Valpo* como lo llaman los ingleses, *Pancho* como lo llaman sus marinos, a su fama y leyenda? Yo respondería sobriamente que su leyenda y su fama provienen de su encanto y se quedan cortas para sus méritos. Hasta posee el de que no se los descubran ni reconozcan los santiaguinos. Y esa es una piedra de toque. Porque quiere



decir que por estar exento de todo snobismo, cae fuera de la comprensión y el dominio de los snobs. A lo más que éstos pueden llegar es a Viña del Mar. Por eso Viña, desintegrándose del puerto, se ha anexado a la capital.

“No es un extramuro nuestro, sino un suburbio vuestro. La isla de Juan Fernández, a tres días y cuatro noches, a la vela, de Valparaíso, es Valparaíso. Viña del Mar, a 15 minutos de travesía, cinco de auto y probablemente unos segundos de avión, no es, sin embargo, sino Santiago, un arrabal más santiaguino, ahí donde las distancias son desmedidas y descomedidas”.

Y séalo o no, a la vez, el iluminado de *La sombra del humo en el espejo*, es bueno leer este tipo de amor por Valparaíso.

Por mi parte, me dijo una señora: “Pero si Valparaíso es tan sucio, ¿qué pueden hallarle?”.

—Y Venecia, ¿no es sucia?

—Sí, pero está en Europa.

En 1865 se encontraron en los cerros unas granadas lanzadas por el corsario Spielbergen. El bombardeo fue en 1615. Esas granadas durmieron tranquilas unos doscientos años. Así es la ciudad de los 40 cerros, que no son tantos. Hace sólo dos años, en la plazuela Aduana, fueron desenterrados sorpresivamente unos enormes mamotretos que causaron conmoción. Eran unos viejísimos cañones de la época de las primeras fortificaciones del puerto. Resplandecían los arqueólogos. Recuerdo la noticia en la primera página de los diarios. Los cañones primitivos, con sus cándidas bocazas de otro tiempo, su extemporáneo aire de defensores del castillo. Con ellos surgían las figuras románticas de los corsarios.

A pocas cuadras tenemos los restos de lo que fuera el más importante hace cuatrocientos años, el castillo San José, en el cerro Cordillera, y los castillos de La Concepción, de San Antonio y el Barón, que no están, pero estuvieron. "Valparaíso es una cosa mental". El de Barón fue terminado en 1796, y desde entonces data la calle Serrano, que entonces se llamó La Planchada. En ella, a flor de agua (todo era mar) enfilaban estos castillos,





EN el Rockón
(RECINTO NAVAS)



POR EL PUERTO

MARINERO RETIRADO

"VALPARAGRINGOS"

hacia el mar, sus bocas y también en lo alto, desde las otras fortalezas del puerto. Otros llegaban disparando, en barcos, y entonces se llamaban 'carronadas'. Valparaíso era una capilla pajiza, algunas casas y bodegas, cuando llegaban los corsarios de esta manera. El 4 de diciembre de 1578 apareció la figura del velero *El pelícano*, con sir Francis Drake a bordo. Sir Francis saqueó con minuciosidad británica cuanto pudo, y de la capillita se llevó los candelabros de oro de recuerdo, botijas de vino de las bodegas y setenta mil monedas de oro.

"¡El Draque, el Draque!", gritaba la gente porteña, que si de pronunciación inglesa no sabían, de arrancar a tiempo, sí. Poco se sabe de este asalto, pero trascendió que los candelabros los regaló Drake al capellán de barco, Francis Fletcher, quien además recolectó los vasos o copones de oro de la capilla.

Más tarde, la imperativa influencia de nuestro pasado inglés prosiguió con la aparición de otro corsario famoso, con nombre de galán, Richard Howkins, apodado 'el Gallardo'. Su velero Dainty, de trescientas toneladas, lucía un hermoso mascarón de proa en fino ébano y coronado de oro, con la cabeza de un negro.

Otros saqueadores entusiastas fueron el holandés Oliverio van Noort, y el resuelto Cavendish.

Es bello, en todo caso, que mientras una cuadrilla de trabajadores cava briosalemente para plantar un poste, emerja bruscamente con su inesperado testimonio el rostro del pasado, el origen mismo de la defensa de la ciudad, encarnada en polvorrientos cañones que nunca oyeron mencionar la bomba atómica. Y fue así como pasaron por el barrio del puerto, llamado 'barrio chino', con su letrero rojo del restaurante "Hong Kong", su hotel "Singapur" y su hotel "Zurich", con su emporio "El Toqui", viajando en el camión municipal en dirección a Playa Ancha. Frente a caleta El Membrillo los saludaron las gaviotas que se posan sobre la cabeza del Santo Patrono, cuyas greñas celestiales suelen decorar con demostraciones terrestres que sólo se dan en el bajo suelo... y que a él acaso le hacen sonreír.

San Pedro, en su caleta, con su cabeza litoral y sus ojos que ven llegar todos los días las barcas pescadoras, dio su última bendición a los cañones que ahora ascendían a lo alto de un cerro. Allí quedaron, en Playa Ancha, mirando el mar, en espera inútil de un *Caleuche* con sir Francis en la proa, los fantásticos fantasmas con su evocación de asaltos de corsarios.

Apostaría, lector, que no conoces las anclas de mareas. No son muchas, pero alcanzan para acercarse a otro latido del corazón oceánico de Valparaíso.

En la esquina, olor a torta, del Café Riquet, frente a la plaza Aníbal Pinto con su Neptuno de bronce, existe una. Otra en calle Serrano y otra en

calle Cochrane. ¿Habrá algunas más? Se fueron las mareas hace tiempo, pero como ellas no estorban a nadie, permanecen allí, procurando aún señalar la altura de los sueños, el vuelo de algún pájaro perdido.

Es casi increíble. Los automóviles pasan hoy día encima de las olas que ayer se estrellaban en ese punto, y el mar no es más que un recuerdo, contenido tras montañas de fardos y de rieles, vagones de ferrocarril, asfaltos y muros. Pero ellas, que numeraron la altura de las aguas, las pequeñitas y oxidadas anclas, siguen en su lugar de ayer. Como la fuerza lunar, hacían subir a su menudo índice la dirección marina, pero luego vino el hombre y el mar retrocedió y ya no hubo, por cierto, necesidad de medirlo. Entonces soportaron rodearse de otras cosas, despidieron a la última ola del mar con tal de sobrevivir. Vieron crecer los edificios y hasta toleraron la mano de pintura que pasó sobre ellas sin borrarlas. Algunas desaparecieron, y envueltas en el humo de las demoliciones o del terremoto, nadie las sintió llorar, arrojadas como inútil desecho en los escombros; ninguna mano pretendió buscarlas.

Pero tú, que pasas en la rapidez de los días, tú que no ignoras que también son parte de Valparaíso que se irá, también, no atravieses al menos sin mirarlas, sin oír su secreto.

“Pequeña ancla”, puedes decirles en voz baja (no interesa a los transeúntes), no te sientas solitaria, pues, aunque no lo parezca, los hombres no se olvidan del mar. Ellos te llevan sin saber, tatuadas sobre el pecho, señalándoles la altura de los días. No les creas cuando los veas pasar en sus cerrados automóviles o cuando cruzan sin mirar tu signo mágico. Tal vez te están buscando sin hallarte. Porque todos los hombres están llenos de abismos y de arenas, de mareas insólitas, y todos se estremecen en el ascenso y el descenso de los días, en las subidas y bajadas de la vida y la muerte. Tú, al menos sabes para qué destino estás aquí, y nosotros no lo sabemos. El hombre es un pez sin fondo, un pájaro que no sabe por qué atraviesa el mar. “Ancla pequeña”, susurrarás, por último, “si los hombres no te dicen estas cosas, es porque no se atreven, solamente”.

Y en fin, Valparaíso es todo esto, que no podemos apresar, que vuela en torno nuestro buscando las palabras. Esta abeja marina zumbadora que entra volando por las ventanas y se clava en el alma con su aguijón, este eco de bruma de la boyá del Buey, este vals de organillo que derrota al tiempo.

Valparaíso del primer circo, el *Bogardus*, la primera ciudad de Chile iluminada a gas, donde nacieron las diligencias y los cementerios, donde arribó la imprenta en 1811, a bordo de la fragata *Galloway*, para que los chilenos pudieran fundar *Aurora de Chile*. Donde flotó el primer barco a vapor, con su nombre *Estrella Naciente*. Desde donde zarpó la Expedición

Libertadora del Perú. Porque (con o sin andaluz) todo ha nacido aquí. En el Valparaíso de los hermanos Clark, haciendo posible el ferrocarril trasandino, el del primer Observatorio Astronómico en el cerro Cordillera. El de Pezoa Véliz y Camilo Mori, de Mary Graham y Wheelwright, y la Procesión de San Pedro. De cuya Calle del Cabo (hoy Esmeralda) se lanzó en 1876 el primer cable de West Coast, que en el invierno de 1967 cerró en la misma calle su oficina que tanto habría podido contar de nuestra historia porteña. Como dos ecos de sirena melancólica se despacharon los dos últimos cables a Inglaterra, un S.O.S. al que ya nadie podría contestar.

¡Ay! Valparaíso de la primera librería, que trajo el español Santos Tornero y que durara un siglo. Del descubrimiento de la fotografía, que arriba a bordo de *La Oriental*, desde el puerto de Nantes en 1840. Era el *finosotipo*. "Tiene la ventaja de recibir en menos de cinco segundos de tiempo la imagen de la cara", decía el aviso que en el diario promocionaba el instrumento. Agregaba que se reproducía en yeso "con una semejanza perfecta y sin que resulte la menor incomodidad durante la operación". El artista garantizaba la semejanza y anunciaba que vivía en la casa de don Manuel Blanco, en calle San Francisco.

Valparaíso del primer velero, llamado *Santiaguillo*, que asombró los ojos del desnudo chango, mientras cosía sus balsas de cuero de lobo, en esto que sólo era una caleta de nombre Quintil. Desde donde zarpan cada año los barcos hacia la Antártida, a las estrellas más frías del planeta.

Esta ciudad del primer teléfono, el primer fonógrafo, del primer vuelo en globo, que Frezier inmortalizó en grabados y Camilo Mori en ese cuadro que se llama *Tarde de domingo* y que con su gato que mira al mar lo dice todo.

"Es determinante para un hombre el haber vivido en una ciudad suspendida, frente a la línea neta del horizonte inmóvil y de espaldas al paisaje vertical del caserío multiforme", escribió Camilo.

"Por un lado el espacio marino invitando a la evasión y a la aventura; y a nuestros pies la honda raíz de la realidad cotidiana. Vivir allá arriba es convivir mejor y momento a momento con nuestros semejantes, es estar siempre presente dentro del conglomerado humano. No sé cómo explicar y transmitir la especial sensación de vivir que así se experimenta... Nos llega el rumor de la ciudad, vemos los humos negros, blancos y grises de las fábricas y barcos; el tren que sale y el que llega, el ir y venir de las lanchas, botes y barcos, hay pitazos y sirenas, o aquel vapor que entra por el norte, aquel que zarpa hacia el sur, perdiéndose tras los cerros de Playa Ancha. Allá el gasómetro oscuro y solemne; aquí tranquilo como cetáceo varado, el dique, allá abajo los vehículos y los hombres. El cementerio, tan blanco

junto a la cárcel gris y opaca: ¡todo reunido bajo la mirada nuestra! ¡No es lo mismo vivir teniendo una muralla enfrente!

Y para él, también, la infancia: "El reloj de una iglesia del plan, cuya torre emergía al fondo de mi calle inclinada, me marcaba la hora del colegio". Y también el desencanto: "Hoy la vieja torre del Espíritu Santo ha dado nacimiento a un colectivo de diez pisos; pero su reloj continúa con su voz metálica marcando para mí el cuarto para las dos".

Sigamos oyendo a Camilo Mori:

"Y ese mástil monumental que equilibraba allá arriba una jaula enorme cuajada de hilos telefónicos que los vientos hacían vibrar como trino de pájaros nuevos, ese "violín del viento" que llamó un poeta, ¿dónde está? Y los espesos penachos negros de las imponentes chimeneas de gas? Y con eso, ¿dónde los añosos árboles de la plaza Echaurren, que un médico-alcalde imbuido de 'modernidad' convirtió en pérgola de cemento y otro, en fuente de soda?

"Están con nosotros, saliéndonos al paso del presente, junto a las imágenes de los amigos ya idos".

Porque Valparaíso es una ciudad hecha para imaginarla, y por eso, tal vez, nada podrá destruirla, ni la Naturaleza ni nuestra propia indiferencia. Está a salvo de todo, en otro plano, porque Valparaíso es, en verdad, "una cosa mental".